

¿Letras contra ciencias?
El Congreso Latinoamericano de Humanidades

Mientras algunos científicos creen que la gente de letras es mediocre y de bajo nivel académico, ésta suele considerar a los científicos, brutos especializados que saben mucho sobre muy poco. Mi impresión personal, después de muchos años de tratar con gente de los dos bandos, es que estos prejuicios tienen poca base (pero carecen totalmente de ella).

Esta separación no siempre fue así. Cuando Carlomagno creó cantidad de **scholae** en la Europa del s. VIII, el programa de estudios incluía un **trivium** compuesto por gramática, lógica y retórica; seguido de un **quadrivium** de aritmética, música, geometría y astronomía.

Ese enfoque amplio que no distinguía entre la cultura de las letras y la de las ciencias, comenzó a erosionarse ya en el Renacimiento, a fines del cual ya estaba definida una separación entre ambas. Irónicamente, la gente de letras fue conservadora en cuanto al saber pero innovadora al abandonar el latín como medio de expresión.

En contraste, los de ciencias conservaron el latín por mucho tiempo, pero fueron radicales al insistir en la experimentación y el abandono de la oscura jerga de muchos filósofos. Desafortunadamente, esa abstracción estéril parece haber persistido hasta nuestros días en muchos escritos de ciencias sociales y arquitectura. Finalmente, la ciencia llevó al extremo el más universal de los lenguajes: ¡No! No es la música (su comprensión varía incluso entre poblaciones humanas). Me refiero a las matemáticas.

Precisamente de ese lenguaje surgió la barrera: el lenguaje especializado de la ciencia la pone fuera del alcance del ciudadano común. Es cierto que muchos autores abusan del lenguaje científico para impresionar a otros o por simple imitación. Una de mis labores como editor científico es evitarlo. Pero también se equivocan quienes piden usar palabras comunes y corrientes. El filósofo Etienne de Condillac hizo la prueba de escribir dos renglones de simbología física sencilla: ¡necesitó dos páginas!

Tal vez la peor época en el conflicto letras-ciencias fue el siglo XIX, cuando la investigación científica irrumpió en el patio de los letrados. El biólogo Charles Darwin amasó suficientes datos para fundamentar la idea de la evolución orgánica más allá de la duda objetiva. Aunque una parte del aparato científico lo condenó por irreverente-, la mayoría de sus colegas acabó apoyándolo. En cambio, humanistas y teólogos se unieron contra él. Actualmente, la situación ha cambiado tanto que algunos evolucionistas leemos con más interés las publicaciones de los “filósofos de la ciencia” que muchos escritos biológicos. Parece que estamos escuchándonos unos a otros.

Esa comunicación es el objetivo primordial del Congreso Latinoamericano de Humanidades a celebrarse en la Universidad de Costa Rica. ¡Mucho éxito!